DAOIZ

Y

VELARDE

por

Juan Ignacio Luca de Tena
y Fernández Villalón

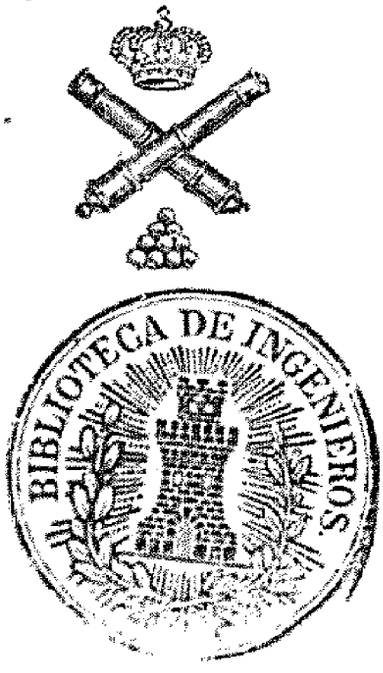
MADRID
IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Calle del Barquillo, 8
1905

9(Ateh. Madrid) 1808
92(Daoiz)
92(Velarde)

DAOIZ

Y

VELARDE



MADRID
IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Calle del Barquillo, 8.
1908

Nada más lejos de nosotros, los herederos y depositarios de las glorias de Daoiz y Velarde, que reavivar hogueras de rencor, sobre las que han caído las nieves de cien años. Rompiéramos la pluma antes que ponerla al servicio del odio. Los hombres y los pueblos se apresuran, tras el combate, á olvidar las mutuas ofensas; apenas cesa el hervor de la ira, recobra sus altos fueros la fraternidad humana, y juntos celebran, y conmemoran juntos, vencedores y vencidos, sus recíprocas glorias.

El primer elogio que, sobre los calientes cadáveres hacinados entre las ruedas de los cañones en la puerta del Parque de Monteleón, consagró la admiración á aquel puñado de héroes, lo pronunció un francés: el jefe prisionero que presenció conmovido la contienda hazañosa; el ánimo sereno á quien no velaron la grandeza del enemigo, ni el humo del combate, ni las nieblas de la envidia; el hombre generoso que lloró á los muertos y salvó á los vivos de la furia del maltrecho vencedor.

Pero si debe cada generación rechazar la herencia de añejas rivalidades, es deuda sagrada el amor á los recuerdos gloriosos. Puede el alma nacional perdonar las ofensas; nunca olvidar los grandes sacrificios por la Patria.

Pueblo que desdeña á sus héroes, ni los tendrá, ni los merece.

***

El limitado espacio no permite explicar, ni aun esbozar siquiera, la lenta evolución que, en los comienzos de 1808, convirtiera en hostilidad creciente el afecto cordial del pueblo hacia nuestros aliados.

Claro aparece que, en su invasión cautelosa, fueron recibidos con amor. Cuando en Vitoria quisieron pagar los víveres, se les dió esta hidalga respuesta:—*La hospitalidad española no se paga.*—Creíaseles camino de Portugal, en cumplimiento de solemnes tratados. Corría, para secreta esperanza de los patriotas, el rumor de su hostilidad hacia Godoy, tal vez por lo que transcendiera al público de los manejos del embajador Beauharnais con D. Fernando, Príncipe de Asturias, puestos en evidencia por el entonces reciente proceso del Escorial. Doce años de alianza continua, aunque ruinosa, nos habían habituado á comunidad de intereses con la nación vecina.

Aunque se sume á estas razones la incertidumbre y retraso de las noticias en aquella época, difícil resulta justificar la escasa alarma producida por repetidos hechos inexplicables. Nos referimos á los arteros ardides que ponían en manos del extranjero nuestras fortalezas; ardides que con justicia califica el bravo general Darmagnac, cuando acerca de ellos escribe á su ministro:—*Ce sont là des vilaines missions.*

El 17 de Febrero perpetran la pérfida sorpresa de la ciudadela de Pamplona. El 28 se adueñan de la de Barcelona por idéntico ardid, y aunque el inmortal D. Mariano Alvarez salva á Monjuich de análoga suerte con su previsión de soldado, Duhesme exige y alcanza, con la amenaza de la cólera imperial, lo que no logró con su astucia. En vano el duque de Mahón resiste la entrega de San Sebastián, pues se le ordena que admita guarnición extraña, en el mismo mes de Marzo que ve caer, sin lucha, el castillo de Figueras en poder de los franceses.

Repetición sistemática de tales hechos hubiera levantado, á no dudar, en nuestro pueblo tempestades de protesta, si por aquellos días no hubiesen ocupado y abstraído la pública atención transcendentales sucesos.

El 19 de Marzo estallaba en Aranjuez, derribando al Generalísimo, aquel motín en cuyos rojos resplandores saludaban los entusiasmados patriotas la aurora de un nuevo reinado. El 23 llega á Madrid Murat, Gran Duque de Berg, y es recibido con afectuoso agasajo. El 24, en-

tre delirantes ovaciones, hace su entrada en la capital el ya Rey D. Fernando, en quien cifran los españoles su esperanza, no sin que Murat turbe la majestad de la ceremonia con inoportunos movimientos de tropas, y el universal regocijo con su estudiado, descortés apartamiento.

En los días siguientes acentúa el Gran Duque su desvío hacia Fernando; el embajador francés es el único que no le reconoce, y Murat se vale de la antigua amistad de Beauharnais con el Soberano para sugerir á éste el fatal viaje á Bayona. Además, siguiendo fielmente los mandatos de Napoleón, ejerce en todos los asuntos autoridad ilegítima. Con vanos pretextos aleja de la corte las mejores tropas, y toma para morada el palacio de Godoy, como más conveniente á sus ocultos planes. Todo lo exige y lo alcanza todo de los amedrentados consejeros, é, invadiendo las esferas del poder, aisla y anula al Monarca.

Á tan desatentada conducta, responde el pueblo madrileño con murmullos de cólera; los ministros, con humilde acatamiento.

Tiempo hacía que Napoleón mostrara deseos de poseer la espada que Francisco I rindió en Pavía al heroísmo español, y con gallarda negativa puso término á sus peticiones el Príncipe de la Paz. En el abatimiento que ahora les domina, se apresuran á regalársela á Murat. Y aun rodean el acto inconfesable de publicidad pomposa: el caballerizo mayor, marqués de Astorga, la conduce y entrega con ostentación solemne, como si no trasluciese á través del fausto palatino la debilidad servil, al quemar, como incienso grato al poderoso del día, página histórica tan bella.

En uno de aquellos días de aislamiento y recelo que pasaban para el nuevo Rey tardos y angustiosos, se dirigió Fernando al Parque de Monteleón, sin otra compañía que un caballerizo, teniendo, por cierto, que inquirir el camino para llegar; y en la regia morada que habitara Felipe *el Animoso* durante el breve reinado de su hijo Luis, edificio recientemente destinado por Godoy á cuartel, Parque y Museo de Artillería, distrajo sus penas

y calmó sus ansias viendo, en larga visita, resplandecer la lealtad en los enérgicos semblantes de sus fieles artilleros.

***

¿Conocía Fernando la confabulación de los artilleros? La organizó Velarde con su actividad prodigiosa y su personal prestigio, valiéndose para difundirla, de la frecuente comunicación con los distritos á que su cargo de secretario de la Junta Superior de Artillería le obligaba. Huelga decir que la generosa idea halló entusiasta acogida en la gran mayoría de los oficiales del Cuerpo. En Daoiz sobre todo.

El artillero Novella, que á entrambos conoció muy íntimamente, nos describe á los dos insignes capitanes, á quienes unió en el mundo entrañable amistad, y hace inseparables en la Historia la misma gloriosa muerte.

Falsas son las imágenes que los representan altos y robustos, con la convencional gallardía de dos estatuas griegas vestidas con el uniforme de la época. Aquellas dos grandes almas se albergaron en cuerpos pequeños: cinco pies, una pulgada y once líneas tenía Velarde; Daoiz no excedía de los cinco pies. Ambos eran bien proporcionados y de distinguido porte. Este detalle de la estatura escasa y el de la bizarría común eran tal vez los únicos en que coincidían: que en otros mil sentidos fueron sus contrapuestos caracteres antítesis viviente.

Diéronles, con doce años de distancia, hidalga cuna Septentrión y Mediodía, pues cupo á la Montaña santanderina la suerte de contar á Velarde entre sus hijos, mientras Sevilla se gloria de ser patria de Daoiz.

Mas, ¡cosa extraña! Deslumbraba en la ardiente imaginación del hijo del Norte la fogosidad andaluza, á la vez que caracterizaba al sevillano serena y reflexiva calma, impropia de un meridional. Uno de esos sobrenombres con que la gente moza condensa una biografía en una palabra, nos pinta acabadamente su equilibrado reposo: los cadetes llamaban *el Anciano* á aquel andaluz de quince abriles. Leyes de herencia pueden acaso explicar este

contraste: los d'Aoiz proceden de antiguo linaje navarro; el abuelo del héroe fué nombrado corregidor vitalicio de Gibraltar á principios del siglo XVIII, y sufrió moral y material quebranto con la pérdida de aquel pedazo de España, que cubre desde entonces el pabellón inglés.

La accidentada carrera de Daoiz, digna de menos lacónica mención, es la historia militar de su tiempo. Apenas ascendido á oficial, toma parte en las defensas de Ceuta y Orán. En la guerra con la República francesa manda cuatro piezas, y cae prisionero el 25 de Noviembre de 1794, siendo internado en Toulouse hasta la paz de Basilea. La lucha con Inglaterra, consecuencia forzada de la alianza francesa, le halla en Cádiz, blanco de continuos ataques de las naves británicas. El general Mazarredo arma, para tenerlas á raya, lanchas cañoneras, y, escaso de marinos, confía también á oficiales de Artillería tan peligrosos mandos. Daoiz y Cónsul, entre otros, mandaron sendas tartanas, cuyo armamento consistía en un cañón con hornillo de baía roja; con ellas tomaron parte en el memorable ataque al navío inglés *Poderoso*. Embarcado más tarde en el *San Ildefonso*, hizo Daoiz dos viajes redondos al continente é islas de América. En uno de ellos supo en la Habana, por la casual lectura de un diario, con trece meses de retraso, su ascenso á capitán, sin que la noticia hiciera mella en aquel alma cerrada á la ambición. En cambio, la llenaba el cariño á sus inferiores: veló como padre á dos soldados que el vómito le arrebató en las Antillas. Por su feliz memoria era el intérprete de á bordo, pues, sobre dominar el francés, el inglés y el italiano, hablaba el latín como consumado humanista.

Cuán profunda afición despertó la vida del marino en aquel alma, como el mar grande y serena, lo prueba el detalle de que llegó á usar, según generalizada costumbre de los nautas de la época, aretes de oro, que, al regresar á España, regaló á una discreta dama, cuya familia conserva esa reliquia.

No acierta quien, por lo dicho, juzgue que fuera retraído ni huraño. Gustaba mucho del trato y la elegancia: en una carta que de él se conserva, dirigida á su hermana,

dedica buena parte á la descripción de las modas en Cádiz, emporio á la sazón de refinada riqueza. Concertado estaba su enlace con noble señorita de Utrera que, muerto el héroe, se consagró al Señor (1).

Era característica de su semblante, moreno claro, la apacible expresión, que animaba afable sonrisa, siendo su conversación lacónica, pero donairosa y grata. Á nadie trató jamás que no le fuera amigo de por vida.

Fué Velarde el más íntimo entre todos, que acaso los unieron sus opuestas cualidades.

Era el montañés animado y vivo sobre toda ponderación, de frase relampagueante y contagioso entusiasmo. Alma inquieta, ansiosa de invadir todas las esferas de la actividad, segura siempre de descollar en todas.

Era ambicioso, con ambición consciente de su fuerza. En la Francia revolucionaria se hubiera abierto, á no dudar, camino hasta figurar en la primera fila de aquella pléyade de ilustres generales, honor de las armas francesas; ceñida su carrera al trazado curso dentro de la reducida escala de un Cuerpo naciente, su actividad tenía que degenerar en inquietud. Destinado por su saber al Real Colegio de Caballeros Cadetes de Segovia, halla aquel campo estrecho para su afán de más amplios horizontes. Guárdanse cartas en que se muestra resuelto á salir de allí á toda costa, y se conserva gallardísima instancia en la que pide puesto en la campaña, *ofensiva ó defensivamente, por mar ó por tierra, y á cualquier distancia de la Península.*

El enseñar no le distrae de sus ansias de aprender. Cartas suyas al capitán de Artillería Guerrero, que servía en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, atestiguan su ardiente anhelo de conocer á fondo aquellos épicos combates, cuyo relato encendía las almas de los militares de la época. En otras, dirigidas á compañeros, se queja de la lentitud de los ascensos.

Estos al parecer nimios pormenores encierran la gé-

(1) Le impuso el velo D. Judas José Romo, cardenal-arzobispo de Sevilla, que se jactaba de haberse batido en Montelcón.

nesis de los hechos, á veces inexplicables ó confusos para quien describe los sucesos sin conocer á quienes los realizan.

Aquel impaciente capitán de veintiocho años tenía que admirar, sin compartirla, la apacible conformidad de aquel otro de cuarenta á quien á los quince llamaban ya *el Anciano*. En la admirable conjunción de aquellos dos espíritus, Velarde era el verbo fogoso en cuya llama templaba Daoiz sus resoluciones heroicas. Velarde era el pensamiento; Daoiz, la acción.

Proclaman los testigos del glorioso suceso, el soberano dominio que sobre todos sus compañeros ejerce Daoiz, aquel tranquilo, de silenciosa energía, de inalterable dulzura, esclavo de la disciplina, espejo del pundonor; tan grande en su bondad sencilla, que cuando, en el patio del Parque, traba consigo mismo la interna lucha que compendia y resume toda la sublimidad del sacrificio, el mudo combate entre el deber del soldado y el deber del patriota, del cual ha de salir su decisión consciente y plena, los demás oficiales le admiran sin interrumpirle. Mientras él duda, aguardan todos; cuando el héroe se resuelve, nadie vacila.

***

Unió largo tiempo á los dos amigos, como á todos los artilleros de la época, una admiración común: la que tuvo que despertar en los militares de aquel tiempo el genio singular que, de oficial de Artillería, llegó por su espada y su colosal talento á las alturas del trono, y con inmensa ambición, servida por la audacia y la fortuna, hizo de su voluntad la ley de Europa, cambió la Geografía y llenó la Historia.

Fué, á no dudar, el fervoroso culto más vivo en el apasionado Velarde, cuyas impresiones de adolescente, al ceñir la espada, fueron á diario los trágicos sucesos de la nación vecina, donde, entre oleadas de sangre, naufragaba secular dinastía. Más profundo en el Daoiz prisionero, que contempló de cerca la anarquía de la Francia del Directorio, percibió el aura de los primeros éxitos del sitio

de Tolón, y siguió con atención más reflexiva las campañas de Italia y la serie inaudita de las proezas napoleónicas.

Vista de lejos la antorcha de la gloria, no lastimaba aquellos ojos, deslumbrados por el entusiasmo, la humareda de la agresión injusta y el brutal despojo, ni llegaba á sus oídos el amargo clamor de nacionalidades seculares subvertidas y disgregadas por la sola ley de la fuerza. Cartas de Velarde revelan verdadera fiebre de admiración.

Pero sucesos ocultos á la generalidad de los españoles trocaron en odio implacable la afección primera. Unía á Daoiz estrecho parentesco con una dama de la Reina María Luisa; un primo suyo era paje en Palacio. Por ellos conocieron ambos oficiales los ocultos pormenores del proceso del Escorial, y, con ellos, la presión ilegítima y la amenaza odiosa con que Napoleón impuso su despótica voluntad en la solución de aquel conflicto de familia, promovido por las instigaciones de su atrevido embajador. Llagó más hondamente sus generosos corazones herida de tal mano, y desde aquel punto y hora vieron en la nefasta alianza francesa el mar tormentoso en que zozobrar podía el arca santa de la nacionalidad.

Concíbese su alarma desde que comenzó la entrada de tropas francesas en la Península, con el fin aparente de realizar aquella pactada invasión de Portugal, que su clarividente patriotismo adivinó lo era de España.

Brotaron de la fecunda imaginativa de Velarde muchos y detallados proyectos, que, de ser llevados á la práctica, tal vez hubieran impedido el avance de los invasores, trocándolo en presurosa retirada. Todavía se conservan varios de entre ellos, y son gallarda muestra de los militares talentos de su autor. Valor relativo de las plazas fuertes; número y situación de las fuerzas españolas y de las contrarias: todo se estudia y compara con profunda atención. Comunicó á los distritos su generoso intento, y á él se asociaron sus compañeros en tal número, que no cabría citarlos en estas breves páginas.

Imposible era llevar á la práctica con alguna esperanza de éxito el arriesgado intento, sin otros recursos que

los exclusivos de un Cuerpo, entonces muy escaso. Ante la dificultad insuperable, el entusiasta Velarde tuvo un arranque, prueba de su juvenil confianza. Sin consultar con persona alguna, se presentó al ministro O'Farril, prejuzgándole patriota, desafecto á los franceses y, por ende, propicio á su afán. Poco le costó al veterano, ducho en lides diplomáticas, arrancar á aquel candoroso entusiasta, con repetidas muestras de aprobación fingida, hasta el último detalle de sus trabajos... Cuando al salir, lleno de júbilo, de la reservada conferencia, hizo á Daoiz partícipe de su resultado, éste, que era, como casi todos los observadores silenciosos, conocedor perspicaz de los hombres, adivinó que todo estaba perdido. Comprendió lo que iba á suceder: la dispersión paulatina de tropas y oficiales comprometidos; los cambios de situación de las huestes francesas con que O'Farril desbarataría, como lo hizo en breve, el atrevido plan... Su inalterable dulzura emula y vence en este trance á su poder de adivinación. Ni un reproche, ni una queja salieron de sus labios para legítimo castigo del cándido conspirador. Con cariño de hermano mayor le echó los brazos al cuello, y exclamó con su eterna y suave sonrisa:—*Perdida está España; pero tú y yo moriremos por ella...*

***

No eran ellos solos los que veían transcurrir, pesados como el plomo, los tristes días de aquel Abril de 1808. España entera temblaba, estremecida por sorda cólera, bajo la planta del invasor.

Insidiosamente han logrado que salga camino de Francia la Real Familia: el 5 el Infante D. Carlos; el 10 el Rey.

Murat, en cumplimiento de órdenes del Emperador, trata de exasperar al pueblo madrileño, provocando un motín que, ahogado en sangre, sirva de escarmiento á los patriotas. Los desmanes de la envalentonada soldadesca crecen con la impunidad, y las reyertas que provocan son invocadas por el Gran Duque, entre amenazas, como prueba de anarquía que ha de motivar su ingerencia en el Gobierno. Oficiales franceses, hablando en público des-

comedidamente de nuestros Reyes, amotinan á Toledo; agriamente se queja de ello el Gran Duque, á la vez que de supuestos armamentos en Aragón. Y la Junta multiplica sus excusas y promete el castigo de los culpables. Es la eterna fábula del trémulo cordero que confía en desarmar al lobo á fuerza de sumisión.

Al cabo, el enérgico ministro de Marina, D. Francisco Gil de Lemus, reanimado por el entusiasmo de reuniones patrióticas, arranca á la Junta la anulación voluntaria de sí propia en cuanto el último resto de independencia desaparezca.

Pronto llega ese día: el 30 de Abril, Murat exige que, en cumplimiento de una orden de Carlos IV, marchen á Francia la Reina de Etruria y el Infante D. Francisco. Aquélla es libre y puede marchar cuando guste. Pero la Junta sabe que el pueblo de Madrid no consentirá que se aleje el tierno Infante, último vástago de la amada dinastía. Las desesperadas negativas llenan dos prolongadísimas sesiones. Decidida la mayoría á resistir por vez primera las exigencias de Murat, lucha por romper la red inextricable que les aprisiona; los caldeados ánimos se exaltan, urdiendo tramas, ya imposibles; se enardecen acariciando planes insensatos; cuentan las fuerzas que no se cuidaron de reunir, resueltos á gastarlas en desesperada lucha... Pero la amarga realidad habla por boca de O'Farril, abrumándoles con la carencia de recursos, y como en el niño impotente sigue á la ruidosa rabieta desmayado llanto, profundo abatimiento les dicta aquella orden aciaga que, encerrando las tropas en sus cuarteles, ha de entregar, inerme y desamparado, el pueblo al invasor.

Y es que, en su ceguedad, miden sus fuerzas por el número de las bayonetas y olvidan al pueblo. Al pueblo, que ni cuenta enemigos, ni calcula obstáculos, cuando ve amenazadas las bases inconmovibles, razón de su existencia: la religión, la familia, la patria. Él sólo preocupa y á él sólo teme el intranquilo Napoleón, consciente de la invencible energía contenida en lo que llama con su gráfica frase *un pueblo nuevo*. Y él solo rompió, con decisión robusta, la cadena de concesiones y debilidades que des-

honraba á España, esclavizada sin vencimiento. Él fué el héroe de la Epopeya. Él se sacrificó en Madrid, y venció en Bailén, y fué guerrillero con Mina, y se dejó aplastar entre los muros de Zaragoza, y morir de hambre en Gerona, con la certidumbre del éxito final, de vencer al cabo, con ingleses ó sin ellos, con Europa ó contra Europa, porque él sabía, como cantó el poeta,

que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

***

Reuníanse á diario, por entonces, los confabulados artilleros en la casa número 31 de la calle de Preciados, que da frente á la de la Ternera (1). En uno de sus pisos vivía el artillero D. Francisco Novella, á quien se debe la mejor porción de las noticias que de estos hechos se conservan, y en otro el meritorio del Cuerpo de Cuenta y Razón de Artillería, D. Manuel Almira, que tomó en ellos parte tan noble y alta. En la misma casa residiera Daoiz pocos meses antes, y muy próxima estaba su nueva vivienda, que tenía el número 12 en la última citada calle.

Se imagina lo que debieron ser aquellos conciliábulos, en los cuales Velarde caldeaba las almas con su palabra ardiente, y Daoiz templaba los corazones con su serenidad estoica. Aún dura el recuerdo de la indignada arenga en que abominó el primero la afrentosa restitución de la reliquia de Pavía. Allí, como en todos los hogares madrileños, relatos de Bayona circulados en voz baja, dejan entrever la presión formidable que sobre la Real Familia ejerce Napoleón para obtener su renuncia al trono. Y el alma popular se inflama, y el entusiasmo y la cólera llegan al paroxismo con mil imaginados detalles que ponderan la resistencia con que Fernando se niega á abandonar á sus fieles españoles.

Por unir la acción á la palabra, y renovar los planes que desconcertara O'Farril, entretenían sus ansias aperci-

(1) Aún existe, aunque reformada, y tiene el número 56 de la citada calle.

biéndose para la lucha, que sentían cercana, previniendo armas y aun confeccionando municiones que no hubieran podido manejar sin sospecha en el Parque, ocupado, á petición de Murat, por un destacamento francés.

La ola gigante de la indignación general reventaba en espumarajos de desprecio. En la revista que, como todos los domingos, pasó Murat á sus huestes el 1.° de Mayo, brotaron del gentío, al cruzar el Gran Duque la Puerta del Sol, esos silbidos que en las conmociones populares preceden de cerca á los de las balas.

La noche misma, un grupo de oficiales franceses, comentando el lance en la fonda de Geneys (1), emplearon frases despreciativas para España. Oírlas Daoiz, que ocupaba próxima mesa, y desafiar con serena gallardía á los maldicientes, fué todo uno. Discretos mediadores aplazaron el lance, reservando de este modo para más altas glorias al valeroso capitán.

Así las cosas, alboreó el 2 de Mayo de 1808.

***

Mucho nos cuesta ceñir nuestro relato á la defensa del Parque de Monteleón; pero no ha de apartarnos del camino que nos hemos trazado el entusiasmo á que la resuelta furia de los madrileños nos provoca.

¿Quién ignora el repentino rebato de la plaza de Oriente, la explosión iracunda que decide y provoca el llanto del tierno Infante, resistiéndose á partir? ¿Quién no ha visto en sueños los singulares combates en que, á las ágiles lanzas polacas y al corvo alfanje de los mamelucos, opuso la ira popular chuzos y estoques y palos y navajas?

Guíe nuestro relato el de un presencial testigo, don Rafael Arango, á la sazón subteniente de Artillería.

Destinado, al salir del Colegio, á la Habana, su patria, el buque que le conducía fué capturado por los ingleses, quienes le canjearon con otros prisioneros, desembarcándolo en la Coruña, de donde vino á Madrid aquellos días. Pidió destino, y obtuvo el de ayudante á las ór-

(1) Era de las mejores de la época, y estaba situada en la Puerta del Sol.

denes del comandante de Artillería de la plaza, D. José Navarro Falcón. Su mocedad y reciente llegada hacen que no se cuente entre los confabulados, dando mayor sinceridad á sus precisos recuerdos. Por cierto que entre ellos figura el que explica la furia madrileña por haber difundido la víspera, con profusión, los franceses un folleto impreso en la misma casa de Murat, con el título *Carta de un oficial retirado en Toledo,* que tendía á demostrar *la conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.* Este dato, que ni Lafuente ni Toreno citan, pinta á los invasores arrancándose el antifaz.

La orden de la plaza que el joven ayudante lleva aquel día á su coronel se reduce á *hacer retirar las tropas á sus cuarteles y no permitirlas juntarse con el paisanaje.* Recibe de su jefe una igual por escrito, y, de palabra, el encargo de *ir en derechura al cuartel*—situado, como dijimos, en el edificio del Parque—, *porque ya estaban á la puerta de él muchos paisanos con la pretensión de que se les armase; á los cuales debía disuadir de su arrojo por cuantos medios suaves le dictara la prudencia.*

Llega Arango á Monteleón sobre las ocho y media, hallando, efectivamente, ante la puerta un grupo no muy numeroso, puesto que, aproximadamente, lo estima en setenta personas, cuando la agitación y vocerío inducen siempre á exageración en tales cálculos.

Otros tantos franceses, que con un oficial componen el destacamento, formados dentro de la puerta, con las armas *preparadas y presentadas,* sólo aguardan la voz de su jefe para castigar duramente el insultante vocerío. Logra el artillero calmar la inquietud recelosa del oficial francés con la noticia de que la tranquilidad se ha restablecido en el centro de Madrid.

Encamínase al interior del edificio á pasar lista á su tropa, y ve con desconsuelo que ésta se reduce á *diez y seis hombres, entre sargentos, cabos y artilleros.* Tan inconcebible falta de personal en el núcleo que albergaba toda la artillería de la corte, sólo se explica en virtud

del sistemático alejamiento llevado á cabo por Murat y O'Farril, y extremado por éste en cuanto á los artilleros, merced á la revelación que en mal hora le hizo Velarde.

Al volver desconsolado al patio, halla cerrada la puerta por orden del capitán francés, mientras que un gentío, cada vez más numeroso, la golpea con piedras y palos entre furibundo clamoreo.

Como por ensalmo surge á su lado un oficial de Marina, sin que el sorprendido oficial acierte por dónde entrara. Conviene señalar la existencia de una puerta falsa, no custodiada por los que guardaban la principal. Es un patriota más que, con ruda energía, le excita á armar al paisanaje, *porque, habiendo tocado los franceses á degüello, era preciso morir matando.* No disimula el sincero Arango la confusión que en su espíritu juvenil ocasiona aquel vigoroso lenguaje, mal avenido con la presencia de un destacamento francés cinco veces más numeroso que el exiguo pelotón á sus órdenes. Su patriotismo le sugiere la idea de entrar con un cabo y tres artilleros en la sala de armas, para poner piedras de chispa á los fusiles, en previsión de que fuera preciso utilizarlos en breve; al mismo tiempo, encarga al animoso marino que, por la puerta falsa, vaya á noticiar al Comandante de Artillería su situación. No vuelve con la respuesta, y Arango baja de nuevo al patio, para que no se hagan sospechosos sus manejos.

Fácil es imaginar su consuelo al ver, á los pocos minutos, aparecer á un capitán; es Daoiz, que, con su afabilidad acostumbrada, le saluda preguntándole:—*¿Qué tenemos por aquí?*

Antes de que acabe de instruirle, van llegando sucesivamente varios artilleros: los capitanes Velarde y Cónsul, primero, con los meritorios del Cuerpo de Cuenta y Razón de Artillería, Almira y Rojo; Dalp y Córdova con el subteniente Carpeña, después, sin gran intervalo. Casi al mismo tiempo llega el capitán Goicoechea, de Voluntarios del Estado, con tres oficiales y unos cuarenta soldados. Á todos franquea el postigo el oficial francés, quien por sí mismo reconoce las personas.

No se le oculta al observador Arango que los oficiales de Artillería, especialmente Daoiz y Velarde, se hablan *como si ya no fuese aquélla su primera entrevista en aquel día;* dato precioso en boca de un oficial ajeno á toda confabulación, pues prueba plenamente que aquella reunión de tantos oficiales no era casual ocurrencia.

***

Cuenta el bizarro Almira que se hallaba con Velarde en las oficinas ocupadas por la Junta Superior en la calle Ancha de San Bernardo, cuando se oyó el estruendo de disparos y clamores que acompaña á los tumultos.

Aquel espectáculo inflama el alma generosa de Velarde; coge el fusil de un ordenanza y, seguido de otro, armado, y de los meritorios Rojo y Almira, se dirige á Monteleón. Al pasar junto al cuartel de Voluntarios del Estado, á cuyas puertas vociferaba el pueblo solicitando ayuda, la convicción del entusiasmo le mueve á entrar en él. Con su fogosidad contagiosa exhorta al coronel, marqués del Palacio, á sumar el prestigio de su nombre y la fuerza de sus armas á la más santa de las causas. Se adivina lo que sería la invocación ardiente de aquel gran corazón. ¡Todo fué en vano! La orden terminante de la Junta surtía sus efectos, y la voz severa y glacial de la disciplina sonaba más alto que el ¡ay! doliente de la Patria. Ante la esterilidad de sus esfuerzos, invoca otro argumento: aquel Parque, depósito de las armas españolas, no puede decorosamente seguir bajo la sola salvaguardia de un destacamento francés. Convencido por razón tan justa, el coronel envía á Monteleón la compañía que manda el capitán Goicoechea, á quien reitera la orden, cumplida á la letra, que le prohibe toda inteligencia con el paisanaje.

Daoiz, oyendo la relación detallada de Arango con semblante pensativo, se dirige á la escalera de la sala de armas. Sólo entonces recuerda el aturdido oficial la operación en que dejara al cabo y los tres artilleros, y da conocimiento del caso á su capitán, quien responde sonriendo: —*Ello es contrabando; pero, al fin, eso hay adelantado.*

Detiénese Daoiz de pronto, saca de su bolsillo la mis-

ma orden escrita que Arango le comunicara, y exclama á media voz:—*¿Qué quiere usted que hagamos?*

Aquella frase incoherente es el signo externo de la tremenda lucha interior.

***

Para admirar al héroe, para amar al hombre, fuerza es seguirle en aquella meditación angustiosa que precedió al voluntario sacrificio, para sublimarlo ennobleciéndolo. Por su destino en aquel puesto, más que todo por su personal prestigio, en él solo recae, como deber intransferible, la resolución final. Todos sus compañeros, respetando su perplejidad, le rodean á distancia.

¡Complejo y hondo problema!...

Abogan por la pasividad inerte la sesuda razón, el respeto á las órdenes recibidas, que la ley marcial prohibe analizar ni discutir; el ejemplo de aquellas tropas españolas que, con decisión estoica, se inhiben de tomar parte en la contienda; la natural repugnancia del soldado á mandar turbas vociferantes y tumultuosas.

Por otra parte, no cabe en la desigual pelea la más leve esperanza de vencer. Sacar la espada equivale á aceptar obscura muerte primero, después la mancha de traición sobre el limpio linaje; que, ante la ley severa, traición se llama entregar al enemigo las armas confiadas á su custodia, y era interés supremo de los vencedores envilecer sus nombres, para que no fueran reliquias en los altares del patriotismo español. Sacar la espada es empeñar á la Patria, empobrecida y desamparada, en lucha á muerte contra el vencedor de Europa. Aquel sencillo movimiento encierra el germen de todas las angustias y de todos los desastres de una guerra implacable: las ciudades entregadas al saqueo y los claustros profanados por la soldadesca; el incendio, y la ruina, y el hambre, y la derrota... ¡Todas las miserias y todos los horrores!...

Pero guardarla envainada es resignarse á ver, humildes y consternados, á la vieja y gloriosa España sumisa esclava del conquistador francés; es doblegarse al yugo y aceptar el despojo; es renunciar á la sagrada herencia de

seculares glorias; ser en la Historia la página negra que se esconde con rubor...

Obedecer como soldados equivale en aquel momento á ver ante sus ojos, con palidez de cómplices, los corvos sables de los mamelucos segar por jactancia indefensas cabezas españolas, y asistir trémulos é impotentes á los crueles fusilamientos del Prado...

Voz reconfortante, hecha de abnegación religiosa y de heredado honor, dice á su oído que el noble sacrificio de sus vidas no será infecundo.

Por eso, al escuchar al pueblo que prorrumpe en vivas á la Artillería, manera ingenua de solicitar para su ardor patriótico la protección de la fuerza armada, el Héroe, magnánimo y sereno, desenvaina la espada con el ademán majestuoso con que dobla el Tiempo una página de la Historia.

***

Todos, al verlo, desenvainan las suyas entre aclamaciones de júbilo.

En los oficiales de Voluntarios del Estado aquel resuelto arranque encuentra eco admirable: apartándose de las filas, el bizarro y heroico teniente D. Jacinto Ruiz se une á los artilleros y muestra durante el combate denodado esfuerzo.

Velarde convence con trabajo al capitán francés de lo estéril de toda resistencia, y, para evitar desmanes del pueblo exasperado, el destacamento, sin armas, forma en el fondo del patio, bajo la protección y guarda de los Voluntarios del Estado.

Ábrense las puertas, y por ellas entra el pueblo como un torrente. Los patriotas se precipitan en tropel; se arrojan con ansia sobre sables y machetes, que prefieren á las armas de fuego, cuyo manejo desconocen; apodéranse al azar de fusiles sin piedra de chispa, cachorrillos, lanzas y bayonetas... Entran como torrente, ¡y como torrente se van!... Quieren lucir y utilizar sus armas nuevas en las calles, abiertas á los incidentes del individual arrojo; no les halaga el encerrarse entre aquellas viejas pare-

des, ni menos someterse voluntariamente á obediencia y orden. Á duras penas logran las exhortaciones de los oficiales retener unos ochenta, casi obligados por Velarde, que les cierra el paso.

Durante la entrada del pueblo, Daoiz ordena á Arango que coloque cuatro piezas apuntando á la puerta, cerrada. Todos los oficiales se aprestan al combate y se distribuyen los trabajos con espontánea iniciativa. Velarde atiende á los paisanos, distribuyéndolos en los balcones. Los demás artilleros cuidan del escaso y difícil municionamiento, y sirven las piezas.

Á poco trecho, los de los balcones avisan que por la calle de Fuencarral avanza un batallón hacia el cuartel. La voz de Daoiz impone silencio; el batallón se acerca hasta tocar la puerta, y, creyéndola sin duda guarnecida por los suyos, llama á ella con golpes redoblados. Ya los gastadores se disponen á derribarla... Manda Daoiz hacer fuego, y la estruendosa sorpresa y el estrago que, á través de las horadadas puertas, vomitan los cañones, ponen en desordenada fuga al batallón.

Entre la alegre algazara de los paisanos, que juzgan definitivo triunfo la efímera ventaja, los artilleros sitúan los cañones delante de la entrada: unos enfilando la calle de San Pedro (hoy del Dos de Mayo), que desemboca enfrente de la puerta; otros barriendo la transversal de San José (hoy de Daoiz y Velarde) en las dos direcciones, hacia Fuencarral y hacia San Bernardo.

¡Curioso servicio el de aquellos cañones, con capitanes por jefes de pieza, chisperos por sirvientes, auxiliando á los escasos artilleros, y mujeres afanosas acarreando municiones!... Entre ellas está Clara del Rey, que lucha y muere al lado de su esposo y rodeada de sus tres hijos... Allí sucumbe heroicamente María Malasaña, doncella de diez y siete abriles, al llevar cartuchos á su padre, quien prosigue impertérrito su fuego, hasta que, obligado á alejarse por los testigos de aquel drama, se va llorando con su hija muerta entre los brazos...

El largo tiroteo con que los franceses, en espera de refuerzos, hostilizan á los defensores, pone de manifiesto la

impericia de los improvisados guerreros. Un paisano carga hasta la boca un cachorrillo *por aumentar su alcance*, y al dispararlo, apoyado en la mejilla, vuela su cabeza hecha pedazos...

Mejor tira el enemigo, pues cebándose en aquellos valientes, que se niegan al seguro que les brindan las tapias y luchan en la calle, derriba heridos á Ruiz y á seis artilleros. El exento Pacheco venda la herida recibida por Ruiz en el brazo izquierdo, cuando el valiente oficial sufre otra nueva que, atravesando su esforzado pecho, ha de causar meses después su muerte. Al pie del cañón que sirve con alentado esfuerzo, expira Rojo, con la envidiable muerte de los bravos. ¡Loor á la memoria de estos valientes, digna de orgullosa y perenne recordación!

De pronto aparece por la calle de San José otro batallón francés que, con su jefe á la cabeza y sin disparar un tiro, avanza resuelto á paso redoblado. No le detiene, ni le hace mella, nutrido fuego de fusil y cañón; antes repara sus brechas con tal silencio y prisa, que los defensores oyen cada vez más próximo el enérgico *¡En avant!* del bravo comandante Montholon.

Ya distan poco trecho de las piezas, cuando inesperado accidente los detiene. Por la calle de San Pedro viene á la carrera un oficial de Marina (1), agitando un pañuelo blanco. Señal tan imperiosa mueve á Velarde á requerir de los franceses momentánea tregua; detienen los defensores su fuego, su marcha los asaltantes, y, atraídos por la curiosidad, acuden el jefe francés y aun los oficiales inmediatos á enterarse del mensaje. Jadeante y sin alientos, dice el oficial á Daoiz: *Que era enviado por nuestro Gobierno para hacerle sentir la indignación con que había sabido la locura con que estaba precipitando al pueblo y exponiéndole á las consecuencias más desastrosas...* No se sabe qué más hubiera seguido diciendo, porque en aquel instante da un audaz chispero un empellón formidable á un oficial francés y un ¡viva Fernando VII!, truena el cañón, sin orden alguna disparado, y resultan

(1) El alférez de fragata Hezeta.

de la impensada ocurrencia: prisioneros el comandante y los oficiales mezclados á los nuestros, y del batallón desconcertado, rendidos los más próximos, que arrojan las armas implorando clemencia, y en fuga desordenada y ciega los demás.

Acción extraña que, como todas las de aquel día excepcional, no puede ser medida con el común rasero, ni cabe dentro de las usadas leyes reguladoras de la lucha serena. Una vez más el popular instinto presiente, con justicia, que no son aplicables á la enconada y desigual pelea contemporizaciones ni conciertos; que no cabe pactar treguas cuando, contra aguerridas huestes, combaten sin esperanza, sólo por firmar con su sangre la más santa de las protestas, mujeres que luchan por sus altares, y paisanos que defienden su hogar.

Por eso los protegió contra el natural enojo de sus irritados compañeros el noble comandante francés, víctima primera de aquella transgresión de los marciales usos. Él, que tocó de cerca el lance; él, que, prisionero, vió, con admiración y pena, morir á las doncellas heridas en la frente y á los hombres buscar la muerte con furioso tesón, comprendió que hay momentos en que los cañones se disparan solos. Por eso no les desprecia como culpados; acaso, pensando en su Patria, sueña para salvarla defensores tan bravos, el día en que la invasión desgreñada llame á sus fronteras.

El noble Daoiz hizo objeto de las más corteses atenciones á aquellos valientes que un ciego azar ponía entre sus manos.

***

Tocamos al desenlace del drama.

Una columna de mil quinientos veteranos se dispone á aventar entre las ráfagas de su empuje al medio centenar de supervivientes, rendidos á la fatiga.

No turbaron la corta espera vacilaciones ni desmayos. Lo que historias sin fundamento propalan respecto á que aquel puñado de héroes levantara bandera de rendición, es falso. Nada que á eso se parezca dice el sincero narra-

dor, que no olvida el más ínfimo detalle. Más todavía: ese soñado intento, que no cupo en el ánimo de aquellos bravos, es absurdo evidente. ¿Cómo podían expertos guerreros atribuir la más remota virtud á la bandera blanca, en el momento en que acababa de ser violada, contra su voluntad, de modo tan flagrante?

La escena final se adivina mejor que se describe. No cabe pintar el torbellino de combatientes furiosos que arrebata como á leve arista á los diezmados defensores. Es una ola erizada de espadas y bayonetas que se rompe al chocar con los ya mudos cañones, aplasta á los muertos y heridos y lo invade todo... Va á cebar su encono en los supervivientes; la primera fila se echa los fusiles á la cara cuando el general español San Simón, metiéndose entre ellos, los hace levantar *con su voz y su bastón*. Uno de los tiros inevitables mata á Velarde, á quien su casaca verde del Estado Mayor de la Artillería señala á la codicia de los inmundos ladrones de cadáveres, que desnudan el suyo en la confusión primera (1).

Daoiz, herido en una pierna, se apoya en un cañón; de esta suerte, el tremendo empuje de la viviente oleada podrá aplastarle, ¡nunca hacerle retroceder!... El general Lagrange, á quien desmonta el postrer cañonazo, le increpa iracundo, y olvida los deberes que la hidalguía impone al victorioso, hasta tocar con el bastón el sombrero del héroe. Éste esgrime contra él, en furiosa acometida, el sable que no pensó en envainar...; pero el general consiente que cinco ó seis oficiales y soldados le acribillen á bayonetazos y estocadas...

Con encendida cólera, los oficiales vencedores insultan á los nuestros, echándoles en cara la violación de la tregua. Defendiéndose altivo el capitán de Artillería Cónsul —á quien su gloria reservaba para heroica muerte entre los muros de Zaragoza—veía los aceros seguir á las pala-

(1) Para dar idea de la carnicería que la metralla, á tan cortas distancias disparada, hizo en el enemigo, existe la certificación firmada por el alcalde del barrio de Maravillas, Parapar, quien, por razón de su cargo, tuvo que intervenir en el «apelo de ochocientos cadáveres franceses, recogidos todos en las inmediaciones del Parque.

bras, cuando terció en el lance el nunca bien ponderado Montholon. Él calmó á los suyos y consoló á los nuestros, diciendo: *Que había sentido la desgracia de Daoiz como la de un hermano, porque en cuantas acciones se había hallado no vió mayor denuedo...* Por él, un cirujano francés atendió al moribundo capitán con preferencia á los propios heridos (1).

Transportado sobre una escalera de mano á la casa de la calle de la Ternera que una sencilla lápida consagra á nuestro respeto, en ella murió, á las seis de la tarde, el valiente de los valientes, después de larga agonía, que describe Arango con estas conmovedoras palabras: *El alma del hombre del Dos de Mayo se desenredaba ya de su envoltura terrenal; la amarillez sombría de la efusión de sangre había reemplazado al color de su brío, nunca amortiguado en los peligros; movía poquísimo y sin muestra de congoja aquellos miembros, muy ágiles en el combate; de cuando en cuando abría enteros los ojos..., únicos enjutos en aquella luctuosa escena...*

Aquella infausta noche, las bóvedas del convento de San Martín vieron de nuevo unidos para siempre los cuerpos de los dos heroicos capitanes, cuyos nombres junta el pueblo en el mismo culto patriótico. Cubría á Daoiz el uniforme que honró tanto; Velarde tuvo por sudario una tienda de campaña, hasta que los criados de su familia llevaron para él un sayal franciscano. La misma tumba cobija su eterno sueño.

***

Así murieron los esforzados capitanes que nos han legado tan alto ejemplo de patriotismo y bravura. Su sa-

(1) Refiere Arango que el primer herido que vió fué un cabo de Artillería. Tendido en un reguero de sangre que manaba de mortal herida en la ingle, dijo al oficial que acudía en su socorro: *Acuda usted, mi teniente, á quien pueda tener remedio, pues no soy el que me he quejado, ni llamado. Yo no llamo más que á la muerte, que espero conforme, porque muero por mi Rey y porque muero en mi oficio.* Aquel valiente, que sobrevivió pocos momentos á tan hermosas frases, se llamaba Eusebio Alonso. Digno es, ciertamente, de que la Historia guarde con amor su nombre y sus palabras.

crificio no habrá sido estéril, si la admiración enciende los corazones en ansia de imitarlos.

Mucho les debe el Ejército; por su iniciativa sublime, sangre de soldados corrió mezclada con la de los valientes madrileños que osaron desafiar á Napoleón en el apogeo de su grandeza.

Mucho el pueblo de Madrid; sin el brillo de sus nombres y la energía de su esfuerzo, la aurora del más grande de los levantamientos no excediera de las proporciones de motín popular, ahogado en sangre por cruel caudillo.

Mucho la Patria, cuya voz doliente llegó á su corazón, vibrando más alto que los fríos preceptos de la disciplina. Por ella murieron los que alentaban por ella, legándola el tributo de tan alto ejemplo, y á su historia la gloria más legítima de los tiempos modernos.

Aquel sacrificio, voluntario y consciente, constituye la afirmación enérgica de nuestra nacionalidad.

Cuando, en horas angustiadas, España afrontó, resuelta, lucha implacable contra el más grande de los conquistadores, los hijos de esta noble Nación, tantas veces moribunda, han comprado el derecho á decirla con serena certidumbre: —*¡Tú no puedes morir!*

De aquellos héroes recibimos, unida y compacta, como forjada por los siglos en el sonoro yunque de la guerra, á nuestra hermosa España, á la sublime aventurera que, por descanso entre dos batallas, descubría y civilizaba nuevos mundos. Agradecidos á tan gloriosa herencia; resueltos á defenderla y aumentarla, ábranse á la esperanza nuestros corazones... ¡Aún guardan los arcanos del tiempo las páginas más bellas de la historia patria!

FIN

Ha escrito este folleto, en nombre del Cuerpo
de Artillería, el comandante del mismo
D. Juan Arzadun Zabala.